

PASTORAL DEL MINISTERIO ORDENADO. ÉNFASIS PARA AQUÍ Y AHORA

Pbro. Eduardo Campagnuolo¹

Abstract:

In today's world, it is difficult to use the word "priest" because the priesthood is the People of God's identity, for through the baptism everybody is incorporated into Christ and becomes part of the holy body of the Church where each one of us is an ecclesial subject. This reflexion looks forward to make a contribution to the pastoral of the ordained ministry emphasizing the present moment and its circumstances.

In a Christian community where everybody is an ecclesial subject, the priest has a very clear place and function. In fact, the Ecclesia in America # 39 exhorts the priests to be a sign and a channel of unity in the community through the collaboration to the bishop and to the other priests which should be a communion testimony. They should seek their sanctity and strengthen their spirituality encouraging the community to do the same. The priests must be examples of solidarity especially towards the poor. Also, they must discern the charismas and talents of the faithful encouraging their participation and co-responsibility in the Mission of the Church.

Keywords: "priest", ordained ministry, pastoral renovation, People of God Church, participation and co-responsibility

1 El Pbro. M.Sc. **Eduardo Campagnuolo**, venezolano, es Licenciado en *Teología* y en *Pedagogía Religiosa*, por el Instituto Universitario, Seminario Interdiocesano de Caracas; *Licenciado en Teología Pastoral*, por la Universidad Pontificia Salesiana de Roma; *Magister en Teología Pastoral* por la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas. Ha sido miembro de las Obras Misionales Pontificias, cofundador de JOVENMISION en Venezuela y párroco en diversas parroquias. Ha trabajado en las diócesis de Monagas, Maracay, Delta Amacuro y sobre todo de Maturín, como Coordinador del Proyecto de Renovación, Rector del Seminario Mayor y Vicario Episcopal para la Acción Pastoral de la misma. Fue miembro del Concilio Plenario de Venezuela. Fundador y Director de la Sede Monagas del Instituto Universitario Pedagógico, Monseñor Rafael Arias Blanco. (IUPMA). Párroco-Fundador de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, de La Julia-Turmero, de la Diócesis de Maracay. Actualmente, en Caracas, es el Director del Instituto Nacional de Pastoral (INPAS), de la Conferencia Episcopal Venezolana.

INTRODUCCIÓN

Hacer una reflexión sobre la pastoral de los ministros ordenados con motivo del año sacerdotal convocado por el Papa Benedicto XVI, en ocasión de los 150 años de la muerte de San Juan María Vianney, resulta una extraordinaria inspiración de Dios y una muestra de su amor paternal hacia aquellos que han consagrado sus vidas con corazón indiviso al servicio de Dios y de su Pueblo Santo.

Pero, podría resultar excluyente hablar de los ministros ordenados y más específicamente de los presbíteros, como en realidad se hace, al hablar del año sacerdotal, ya que el sacerdocio es identidad de todo el pueblo de Dios en virtud del bautismo que nos incorpora a Cristo y nos hace a todos miembros del mismo cuerpo donde cada uno es sujeto eclesial efectivo. Igualmente resulta excluyente si al hablar del sacerdocio, ponemos la mirada sólo en los presbíteros, siendo que también son sacerdotes los obispos y los diáconos.

Tocaría, forzar un poco las cosas para extraer de la totalidad del pueblo de Dios, todo él sacerdotal, a sólo un grupo o sector de los miembros de este pueblo para reflexionar y ayudarles a ellos mismos a reflexionar sobre su identidad sacerdotal, cuando en realidad esa identidad es propia de todos en la Iglesia. Más difícil aún resulta centrar la mirada en los presbíteros, como si nos refiriéramos sólo a ellos cuando hablamos de los sacerdotes. Sin embargo, salvando las dificultades que presenta el lenguaje, intentaré hacer una reflexión sobre la pastoral del ministerio ordenado haciendo énfasis en el aquí y ahora.

Esta diversidad de categorías viene dada por distintas formas de participación en el único, perfecto y eterno sacerdocio de Jesucristo. Por eso podemos hablar, sin temor a equivocarnos, de que todo el pueblo de Dios es sacerdotal, y al mismo tiempo, por una misteriosa y extraordinaria participación de algunos miembros del pueblo de Dios en el sacerdocio de Jesucristo, también podemos hablar de un sacerdocio ministerial ejercido en grado diverso.

Esto nos aclara un poco el panorama, pero no del todo, ya que aún queda la duda de ¿por qué referirnos sólo a los presbíteros en el año sacerdotal, si también los obispos y los diáconos son sacerdotes de Jesucristo?

El decreto sobre la vida y el ministerio de los presbíteros (*Presbyterorum ordinis*), tiene como finalidad iluminar y valorar la posición del “simple sacerdote” en la Iglesia. Por eso toda la reflexión se centra en los presbíteros, sin embargo el Concilio Vaticano II, toca en profundidad, lo relacionado a los obispos y a los

diáconos, así como lo relativo al sacerdocio de todo el pueblo de Dios en distintas oportunidades.

Por otra parte, habiendo aclarado la dirección y enfoque de este aporte, es necesario dejar también claro que no se trata de un directorio sobre la vida y ministerio de los presbíteros, sino que mi aspiración es hacer una reflexión sobre algunos aspectos de la pastoral de los ministros ordenados, situando la reflexión en lo concreto del momento histórico que vivimos. Al mismo tiempo, me apoyaré en una investigación que hice recientemente con la finalidad de proponer un modelo pastoral de cómo vivir el paso de una Iglesia identificada con la institución eclesial a una Iglesia pueblo de Dios. Esta investigación la hice en una comunidad ubicada en la periferia de una ciudad y cuyos nombres, tanto de lugares como de personas, mantendré en la confidencialidad por respeto a su propio proceso y la confianza que me brindaron al realizar mi trabajo. De manera especial, centro mi investigación en el trabajo pastoral que realizaron unos presbíteros, donde quedan plasmadas sus convicciones de la necesidad de una renovación eclesiológica y pastoral de la Iglesia y su deseo de seguir las luces emanadas del Concilio Vaticano II. Esta es la razón por la cual en algunas ocasiones hablo de los presbíteros, aunque en otras ocasiones hago mención de los ministros ordenados, al igual que en otras oportunidades utilizo la expresión agentes pastorales. Cabe decir que esta reflexión puede ser adaptada para la vivencia pastoral de cada uno en la Iglesia, ya que todos somos sacerdotes, sujetos efectivos eclesiales y por lo tanto también agentes pastorales.

HORIZONTE ECLESIOLOGICO PASTORAL DEL MINISTERIO ORDENADO EN LA ACTUALIDAD

Para hablar de la pastoral de los ministros ordenados aquí y ahora, hay que hacerlo desde la visión de Iglesia o modelo eclesiológico que fue aprobado en el Concilio Vaticano II y que posteriormente fue ratificado y convertido en opción eclesial en la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, especialmente en su reunión en Medellín y en Puebla y que finalmente fue ratificado igualmente en el Concilio Plenario de Venezuela, donde los Obispos venezolanos hicieron clara opción por el modelo eclesiológico del Vaticano II. Por lo tanto, este modelo eclesiológico por el cual hemos optado debe constituir el marco de nuestra reflexión para poder comprender cómo vivir el ministerio ordenado, a la luz de esta nueva eclesiología y ante los desafíos que el mundo, especialmente la sociedad venezolana y la misma Iglesia nos plantean en este momento.

La eclesiología en la cual se circunscribe el ministerio ordenado en la actualidad nos lleva a centrar la mirada en la definición de la Iglesia como Pueblo de Dios y sus estructuras de comunitariedad. Los textos que sirven de base a esta eclesiología vienen dados especialmente por la *Lumen Gentium* (LG) y la *Gaudium et spes* (GS): “Cristo el único mediador estableció en este mundo su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y amor... para que fuera el nuevo Pueblo de Dios... e hizo de él una comunión de vida, de amor y de unidad”², y de su misión en el mundo, es decir, el papel que debe cumplir ante la humanidad, de ser sacramento de unidad y salvación³, mostrando al mundo su testimonio, su ejemplo y ayudándolo a transformarse en Reino de Dios: “La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”⁴; “... el sagrado Sínodo, al proclamar la altísima vocación del hombre y afirmar la presencia en él de un cierto germen divino, ofrece al género humano la sincera cooperación de la Iglesia para instituir la fraternidad universal que responda a esa vocación”⁵. De ahí, el sentido más claro y efectivo de la dimensión misionera de la Iglesia que no puede ser entendida sólo como el aprovechamiento de ocasiones especiales para anunciar el mensaje del Evangelio, sino como una expresión propia y esencial de su naturaleza misma, lo que hace a la Iglesia vivir en un permanente estado de misión. La Iglesia cumple su misión sobre todo al vivir como un signo de unidad en medio de la humanidad, sólo así su palabra será acogida y por lo tanto eficaz. Por esto decimos que la Iglesia es sacramento eficaz de salvación. Es en esta misma dirección que va la Misión Continental planteada en Aparecida. No tanto como una jornada especial con sus actos inaugurales y de clausura, sino más bien como un avivamiento de la condición misionera de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II, constituye en la historia de la Iglesia, una coyuntura muy significativa por sus determinantes giros eclesiológicos. Es incuestionable que, uno de los giros que más lo caracterizan, está marcado por el cambio del esquema sobre la Iglesia que sería discutido en la asamblea, elaborado por la curia vaticana, y que ponía de relieve la dimensión institucional, con lo que la Iglesia, en sentido estricto, era la jerarquía y los laicos eran simplemente el Pueblo de Dios que iba a la Iglesia; este documento fue sustituido, por otro que regresaba a los orígenes, buscando en la comunidad de Jesús y las primeras comunidades cristianas, los

2 LG 8,1,9,2

3 MELLONI A., “El comienzo del segundo periodo. El gran debate sobre la Iglesia” en ALBERIGO G. (ed. por), *Historia del Concilio Vaticano II. El concilio maduro. El segundo periodo y la segunda intersesión*, Vol. III, Sígueme/Peeters, Salamanca 2006, 59

4 LG 1

5 GS 3,2

elementos que pudieran reflejar más claramente la identidad y misión de la Iglesia⁶. El esquema que sustituye al primero, regresando a los orígenes, consideraba que el sujeto de la Iglesia era todo el Pueblo de Dios⁷, todo él llamado a la santidad y cuyas vocaciones específicas eran la jerarquía, los laicos y la vida consagrada. El otro giro característico del Vaticano II, es sobre la relación de la Iglesia con el mundo. No se trata de salvarse del mundo, sino en el mundo, y contribuir a la salvación del mundo, incluidos todos los seres humanos.

El cambio de esquema que hace el Concilio Vaticano II es fruto de la lectura e interpretación de los signos de los tiempos a la luz del Espíritu Santo. De ahí que podamos comprender la necesidad de dar a la Iglesia una nueva expresión, capaz de responder a las exigencias y desafíos de nuestros días en fidelidad a las fuentes neotestamentarias y la tradición fundante. Por tal motivo, la postulación de esta nueva eclesiología es una “Buena Nueva” para la Iglesia y para el mundo en general. Es una Buena Noticia que nos invita a entrar en un proceso de conversión eclesiológica y al mismo tiempo de conversión pastoral, y desde allí pensar y actuar el ministerio ordenado.

El problema se nos presenta en una doble dirección. En primer lugar, es que el esquema sobre la Iglesia, que fue rechazado en el Concilio Vaticano II, reflejo fiel de la eclesiología anterior, con rasgos marcadamente jurídicos, jerárquicos y apologeticos, de la sociedad perfecta, estaba tan arraigado, es decir, tenía tantos siglos ya establecido, que para comprender, que el cambio requerido, es un llamado que Dios nos hace y que es, realmente, una Buena Nueva, llevará mucho tiempo. Especialmente, al tener en cuenta que, entre quienes resistían al cambio, se encontraban los italianos, los españoles y los latinoamericanos⁸. La Iglesia estaba tan consustanciada con una figura concreta, que no resulta fácil a los actuales presbíteros pensar en ejercer su ministerio de otra manera, porque además, a la época se sumaba la volatilidad de la secularización que era necesario contrarrestar, así que, la formación en los seminarios debía estar a cargo de aquellos, considerados como “los más seguros” y que en su mayoría se identificaban con quienes no habían aceptado el Vaticano II, por eso se ha formado a los presbíteros como si no hubiera pasado nada.

6 MELLONI A., “El comienzo del segundo período”, 56-57; Cf. ALBERIGO G., “El Concilio Vaticano II (1962-1965)” en ALBERIGO G. (ed. por), *Historia de los Concilios Euménicos*, Sígueme, Salamanca 1993, 346

7 KOMONCHAK J., “Hacia una eclesiología de comunión” en ALBERIGO G. (ed. por), *Historia del Concilio Vaticano II. La Iglesia como comunión. El tercer período y la tercera intercesión*, Vol. IV, Sígueme/Peeters, Salamanca 2007, 54

8 FLORISTÁN C., *La Iglesia. Comunidad de creyentes*, Sígueme, Salamanca 1999, 147

Hay que reconocer con humildad y apertura de corazón, así como con docilidad al Espíritu de Jesucristo que, aún en nuestros días son muchas las instancias de la Iglesia que mantienen rasgos propios de la eclesiología previa al Vaticano II. Por un lado, rasgos eminentemente juricistas y jerárquicos que generan un fuerte centralismo y establecen un control absoluto sobre quienes tienen la responsabilidad de la predicación y la enseñanza de la doctrina cristiana; por otro lado, rasgos profundamente clericales que colocan a unos en calidad de maestros con distintos rangos de autoridad para no olvidar la dependencia a instancias superiores y a otros en calidad de discípulos obedientes que fueran capaces de dejarse conducir por sus pastores. De esta manera se mantiene la estructura de una sociedad de desiguales. Así mismo, pueden observarse con frecuencia las actitudes apologéticas ante los cuestionamientos que hoy por hoy exigen posturas más bien de diálogo y consenso.

Otro rasgo de la eclesiología dominante previa al Vaticano II es que fue capaz de encuadrar al pueblo en lo devocional, donde lo importante era el culto al Dios verdadero, a la Santísima Virgen y a los Santos, así como el culto a la Eucaristía y las normas relacionadas con la participación de los sacramentos. Todo esto al margen de lo que podía suponer un compromiso más efectivo de los cristianos en la transformación del mundo.

El catolicismo tridentino tuvo un cariz netamente popular al canalizar devociones, fomentar el culto a las imágenes, a las reliquias y a los santos y promover el santo rosario y las novenas... Se acentuó el culto a la eucaristía a través de la visita al sagrario, las procesiones eucarísticas y la exposición con el Santísimo... indulgencias... peregrinaciones...⁹.

La Iglesia, antes del Concilio Vaticano II fijó su mirada sobre sí misma, con la intención de asegurar su sobrevivencia mediante el control central de sus miembros. Por tal motivo, se mantuvo ajena a la situación que vivía el mundo.

... la Iglesia de los clérigos se interesaba más por ella misma que por los problemas del mundo, frente a los cuales permaneció con frecuencia sin reaccionar ni hablar. Al paso que se condenaban el pensamiento liberal, el socialismo y las organizaciones revolucionarias, no se denunció la situación injusta que vivían entonces los trabajadores¹⁰.

9 FLORISTÁN C., *La Iglesia*, 101

10 FLORISTÁN C., *La Iglesia*, 102

Esta posición de la Iglesia ante el mundo la obligó a actuar en consecuencia tomando determinaciones pastorales que estuvieran a tono con esos criterios, dando origen al "estilo pastoral que aún en nuestros días tiene una presencia arraigada y difícil de renovar.

Esta actitud, persiste hoy en día en muchos agentes pastorales de los distintos sectores de la Iglesia, haciendo cada vez más difícil avanzar en la renovación de la visión de la Iglesia como en sus aplicaciones pastorales, debido al nostálgico aferramiento a los rasgos institucionales de la Iglesia postridentina¹¹. "Los católicos más conservadores han atribuido a la modernidad todos los males actuales de la Iglesia y del mundo. Por eso late siempre en los momentos de restauración un deseo, declarado o no, de vuelta a la cristiandad"¹². Mantenernos en estos criterios sería cerrarnos ante todo a los signos de los tiempos y en consecuencia a los designios de Dios para la Iglesia y para el mundo.

Podemos concluir que previo al Concilio Vaticano II y en su dinamismo interior pueden constatarse dos tendencias eclesiológicas, una, conservadora representada por una minoría, empeñados en mantener una eclesiológica jurídicista y jerárquica, que "...ve la Iglesia como religión ordenada al culto del Dios verdadero, a las prácticas sacramentales, a la enseñanza de su doctrina, centrada en torno a la jerarquía, al sacerdocio y a los poderes sagrados"¹³, y otra, representada por una mayoría renovadora que no entraba en confrontaciones, sino que se concentraba en su hallazgo, enfocando todos sus esfuerzos en orden a la Iglesia Pueblo de Dios y sus estructuras de comunitariedad, y que "...entiende la Iglesia como comunión, Pueblo de Dios encargado de la buena nueva, sacramento de salvación que convoca a sus fieles en comunidades, movimientos y asambleas para la misión y la liturgia, con un ministerio eclesial compartido"¹⁴.

La minoría conservadora se mantuvo beligerante en el Concilio, con una actitud angustiosamente defensiva ante lo nuevo¹⁵, sobre todo, al verse totalmente rebasada. Esta minoría presionaba al papa obligándolo a incluir textos de su tendencia, lo que se aceptó para mantener el ambiente de comunión entre los padres

11 ALBERIGO G., "La condición cristiana después del Vaticano II" en ALBERIGO G. – JOSSUA J.P. (ed. por), *La recepción del Vaticano II*, Cristiandad, Madrid 1987, 43

12 FLORISTÁN C., *La Iglesia*, 109

13 FLORISTÁN C., *La Iglesia*, 597

14 FLORISTÁN C., *La Iglesia*, 597

15 WITTSTADT K., "En vísperas del Concilio Vaticano II (1 de julio a 10 de octubre de 1962)" en ALBERIGO G. (ed. por), *Historia del Concilio Vaticano II*, Vol I, Peeters/Sígueme, Salamanca 1999, 397

conciliares, mas no porque faltara claridad en la línea eclesiológica que estaba planteada, sin embargo, la mayoría, de tendencia renovadora, sí veía muy claramente la línea eclesiológica del Concilio Vaticano II, la cual se impuso totalmente, aunque “nunca fue lo bastante fuerte para superar del todo la resistencia de la oligarquía preconiliar, sobre todo cuando ésta supo ganarse las preocupaciones de Pablo VI”¹⁶; después el papa obligó a intercalar textos para mediar entre los grupos. Esto explica el porqué en el texto conciliar existen afirmaciones en ambas direcciones, lo que da pie a personas de cualquier tendencia a afirmar su posición citando los textos que le son favorables. Estas dos tendencias, han estado en permanente tensión desde entonces hasta nuestros días, marcando en profundidad confrontaciones y polémicas que en no pocas oportunidades han dejado mucho que decir en el panorama global.

Actualmente, la Iglesia vive una etapa en que se requiere una gran apertura de espíritu para discernir desde la fe y desde el Evangelio, cual es la voluntad de Dios para la Iglesia concreta de nuestro tiempo. Aferrarnos a posiciones sólo por tradición o por convicciones personales sin dar espacio al Espíritu Santo para ayudarnos a tomar la dirección indicada, pudiera ser un nuevo pecado de la Iglesia, por el cual se nos pedirían cuentas, ya que, esa tal tradición en realidad es miedo a abrirse a lo nuevo que, sin embargo, en el Vaticano II, lo nuevo no es en verdad nuevo, sino lo auténticamente tradicional, es decir, lo que brota de las fuentes¹⁷ y eso es lo que hace el Concilio. Busca en las fuentes una renovación de la esencia y de la misión de la Iglesia. Otra cosa es el tradicionalista, que se aferra a la última etapa de la tradición y la absolutiza, negándose a aceptar otra visión de las cosas y en ocasiones, oponiéndose a ella.

A pesar de toda esta confrontación de pensamientos, en el desarrollo del Concilio Vaticano II, llega a establecerse una línea eclesiológica que supone definitivamente una novedad y el impulso a un tiempo de renovación de la Iglesia.

CONVERSIÓN ECLESIOLOGICO-PASTORAL

El Concilio Vaticano II postula un nuevo modelo de Iglesia, una nueva eclesiología, que considera voluntad de Dios ante el discernimiento, en el Espíritu, de los

16 ALBERIGO G., “La condición cristiana después del Vaticano II”, 27

17 CONGAR Y., “Eclesiología. Desde San Agustín hasta nuestros días” en SCHMAUS M. –GRILLMEIER A. – SCHEFFCZYK L. (ed. por), *Historia de los dogmas, Tomo III, Cuaderno 3c-d*, BAC, Madrid 1976, 289-290

signos de los tiempos. La Iglesia es llamada por Dios a una renovación-conversión. La Iglesia está llamada a vivir y a expresarse como Iglesia-Comunión el cual es el nuevo modelo eclesiológico que supera las deficiencias del modelo preconciliar de la Iglesia Institución¹⁸.

La Iglesia entendida como comunión se convierte en el reflejo e icono de la Santísima Trinidad. La comunidad de verdad y amor que es la Trinidad, es la imagen que debe reflejar la Iglesia en su modo de ser y de vivir. Es su más honda naturaleza. La Iglesia encuentra en la comunión su trabazón más íntima y profunda¹⁹.

¿Qué significa la compleja palabra comunión? Fundamentalmente se trata de la comunión con Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo... edifica la íntima comunión de todos los fieles en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cf. 1Cor 10,16s.). Por ello, la eclesiología de comunión no puede reducirse sólo a cuestiones organizativas o a cuestiones referentes a las meras potestades. La eclesiología de comunión constituye el fundamento para el orden en la Iglesia, y ante todo para la recta relación entre unidad y pluriformidad en la Iglesia²⁰.

Esta nueva eclesiología de comunión supera la vertiente jerárquica-juridicista, dando a la Iglesia los rasgos de una auténtica comunidad no a la manera de la sociedad civil o de la comunidad étnica. La eclesiología de comunión da a la Iglesia los rasgos de una fraternidad. Es la familia de las hijas e hijos de Dios, donde todos son responsables y protagonistas, en el marco de la corresponsabilidad²¹. Por eso en la Iglesia-comunidad los lazos de integración y unidad vienen dados por la fe, la esperanza y el amor cristianos.

“Cristo, el único mediador, estableció en este mundo su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y amor, como un organismo visible”²².

Esta afirmación sobre la Iglesia nos pone ante una realidad social, en la cual, lo que mantiene ligados vitalmente y en verdad a sus miembros son las virtudes teologales, las cuales dan a la comunidad cristiana una clara y peculiar dimensión escatológica. Por eso en la Iglesia, los vínculos de relación comunitaria vienen dados por una existencia nueva llamada por la Palabra de Dios un nuevo naci-

18 ARGIBAY A., “La Iglesia Pueblo de Dios” en AYESTARÁN J. – PASTORE C. (ed. por), *La Iglesia Venezolana en marcha con el Concilio. A los 20 años del Vaticano II*, ITER, Caracas 1987, 121

19 SÁNCHEZ R., “El pueblo de Dios, sujeto eclesial” en *ITER* 15 (1997) 9

20 *Sínodo de los Obispos. II Asamblea general extraordinaria*, Documento final, II C 1

21 SÁNCHEZ R., “El pueblo de Dios, sujeto eclesial”, 16

22 LG 8

miento o una nueva vida²³. Desde esta perspectiva se supera en la Iglesia la visión individualista y jurídicista y se nos introduce en un camino común de santidad en el cual se progresa mediante las relaciones fraternas propias de la novedad de la vida en Dios²⁴.

La aplicación del concepto de comunidad a la Iglesia obliga a descubrir en ella los elementos que la identifican como tal y le otorgan sus propios rasgos de identidad.

*...Están en comunión, y por consiguiente en comunidad, los que comparten unos mismos bienes y un mismo servicio (cum munus). La comunión eclesial es comunión con Jesús, Cristo y Señor (fracción del pan y oraciones) y con los hermanos (palabra apostólica y comunión fraterna)*²⁵.

La fe en Jesucristo es el elemento de integración entre los miembros de la Iglesia. Integración con características de familiaridad. Por Cristo y en Él, los miembros de la Iglesia constituyen una familia donde todos están al servicio los unos de los otros, compartiendo sus bienes²⁶ y perseverando animados por la enseñanza²⁷, las oraciones²⁸, la fracción del Pan²⁹ y la comunión fraterna³⁰ mediante todas aquellas actitudes o acciones que puedan realizar unos con otros con el fin de progresar en santidad³¹ y de que Dios sea glorificado en todos³².

Es fundamental para que haya Iglesia, que entre los cristianos existan sentimientos y actitudes que expresen una interrelación humana de mutua ayuda³³ y de mutua edificación³⁴ hasta alcanzar la “estatura de Cristo”³⁵, así como la plena edificación de la comunidad. Es el hecho de llevarse mutuamente unos a otros lo

23 Jn 3,5-6; 1 Pe 1,23

24 CAPPELLARO J. (ed. por), *Ejercitaciones por un mundo mejor (2º tiempo: Santidad comunitaria, vocación del pueblo de Dios; 2.4.3 Itinerario de la santidad en y como pueblo de Dios. Conclusión)*, trabajo no publicado.

25 FLORISTÁN C., “Iglesia” en *Conceptos fundamentales del Cristianismo*, 598

26 Hch 2, 44-45; Rom 15, 26-27a

27 Hch 2, 42a; Rom 15, 14; 1Tes 5, 11

28 Hch 2, 42d; Rom 15, 30b

29 Hch 2, 42c

30 1Cor 12, 4-7; Ef 4, 1-3

31 Col 3, 12-14; 1Tes 3, 12-13

32 Hch 2, 42b; Rom 15, 5-6

33 Rom 12, 5.9-10.13.15-16a; 13, 8a

34 Rom 14, 19; 15, 1-2; Rom 16, 16

35 Ef. 4, 12b-16; 1Pe 2, 2

que hace a la Iglesia³⁶, sin esto, no es posible que exista ninguna estructura, por comunitaria que sea que pueda llamarse en verdad Iglesia cristiana, o comunidad cristiana. Sólo hay Iglesia cuando nos edificamos mutuamente.

...Se trata de 'tratar a los demás como quieres que te traten a ti' (Mt 7,12). El descubrimiento de necesitarnos mutuamente es lo más hermoso que podemos vivir y la forma de ser 'algo más que dos' en esta realidad. Aquí ya no importa de dónde vienes o cuáles son tus ideas o creencias; nos une un mismo objetivo: poner un poco de humanidad para que esta realidad se vaya transformando y sea más habitable para todos³⁷.

Se trata de un concurrir todos, agentes pastorales y pueblo, expresamente como cristianos. Es estar con los demás para hacerse cristiano. Esto es la "primera eclesialidad o primera comunión"³⁸. Allí y de ese modo es cuando acontece realmente la Iglesia. Se trata de un primer y principal momento de la vida de la Iglesia en el cual cada uno de sus miembros pueda mejorar como persona en la mutua edificación; que pueda encontrarse con Dios y con los demás y que participen del misterio cristiano. Es ir al encuentro de los demás y estar con ellos lo que puede hacernos salir de la actitud egoísta e individualista que impide seriamente la experiencia de comunión en la Iglesia y en el mundo. Sin la superación del individualismo y la apertura a los demás con una actitud de auténtica valoración de cada persona e institución, no sería posible la primera eclesialidad y por lo tanto, tampoco sería posible la Iglesia.

Sólo después viene otro nivel de la comunión que es la de los agentes pastorales con el pueblo y la del pueblo con los agentes pastorales. Es la "segunda eclesialidad"³⁹. Sólo después de que una comunidad se sabe y reconoce como comunidad de hermanos en Cristo y son capaces de ayudarse y edificarse mutuamente, *los unos con los otros* es cuando tiene lugar en la Iglesia una estructuración en orden a las funciones, las tareas, los servicios, los carismas; es el momento en el cual son *los unos para los otros*. Si no se da lo primero, no hay Iglesia, y si no se da lo primero, lo segundo no tendría sentido, al menos dentro de la eclesiología del Vaticano II.

36 Rom 15, 7; 1Cor 12, 24b-25.27; Gal 6, 2

37 AVENDAÑO J., "La comunión eclesial" en *Sal Terrae* 1070 (2003) 674

38 TRIGO P., "Pastoral Suburbana" en *ITER* 44 (2007) 54

39 TRIGO P., "Pastoral Suburbana", 55. Cf. TRIGO P., "El privilegio de los pobres" en *Revista Latinoamericana de Teología* 8 (1986) 214

San Agustín hace referencia a esto de alguna manera al decir: *Con vosotros soy cristiano* (primera eclesialidad); *para vosotros soy obispo* (segunda eclesialidad). Esto vale para todos, sin distinción de funciones dentro de la comunidad cristiana. Lo primero hace posible lo segundo. Sin lo primero, no hay Iglesia. Si no hay Iglesia, la institución eclesiástica abandona su condición de ser sacramento de salvación.

El hecho de enumerar estas eclesialidades como primera y segunda, no debe entenderse estrictamente como etapas separadas. La separación tiene carácter más bien pedagógico, pero en realidad se trata de dos dimensiones del mismo proceso, aunque si la primera eclesialidad no es tenida en cuenta, la segunda eclesialidad se constituye en la manera de consolidar el carácter institucional de la Iglesia.

PUEBLO DE DIOS: SUJETO ECLESIAL EFECTIVO

Otro aspecto, de gran relevancia en la eclesiología del Vaticano II, es el hecho de que se reconoce al Pueblo de Dios como sujeto eclesial. Esta afirmación permite superar la conciencia anterior de que la Iglesia es jerárquica y en ella unos son sujetos y otros destinatarios. La conciencia de la Iglesia Pueblo de Dios se expresa cuando en ella todos son sujeto⁴⁰ responsable de la misión encomendada, lo mismo que responsables los unos de los otros. “En la Iglesia cada uno está llamado a la fraternidad; la vocación es convocación. Por eso, estos seres activos constituyen un pueblo”⁴¹. Lo mismo que decimos de cada persona, tenemos que decirlo de cada comunidad: “la responsabilidad recíproca de las comunidades en el contexto de la actividad cristiana del amor. Esta responsabilidad tiene su cimiento en la fraternidad de toda la Iglesia”⁴².

Según la eclesiología del Concilio Vaticano II, todos los miembros de la comunidad cristiana son sujeto de la acción eclesial, ya que, es la comunión el rasgo esencial y ontológico de la Iglesia, lo que pone de relieve su dimensión social. Por lo tanto, lo regulativo, canónico, no puede ir en otra dirección; si la Iglesia es comunión, canónicamente debe asumir una expresión comunitaria a través de sus causas de actuación o de sus estructuras organizativas. De aquí que sea necesario

40 SÁNCHEZ R., “El pueblo de Dios, sujeto eclesial”, 7. Cf. Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, 1225

41 TRIGO P., “La Iglesia como sacramento de salvación” en *ITER* 16 (1997) 59

42 LOHFINK G., *La Iglesia que Jesús quería. Dimensión comunitaria de la fe cristiana*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2000⁴, 166

asumir en la Iglesia las formas de la *sinodalidad*, que no es otra cosa que el ejercicio operativo de su comunitariedad.

... se plantea inevitablemente la puesta en práctica o ejercicio de la sinodalidad, es decir, la operatividad del ser comunal de la Iglesia... Una Iglesia que se define como comunión, si se expresa operativamente en formas comunales, no es infiel a sus orígenes; sencillamente su ser se refleja y refuerza en su quehacer⁴³

Hasta este momento, la eclesiología mantenía, y aún mantiene en la mente y el corazón de muchos en la Iglesia, la idea de la sociedad perfecta y sociedad de desiguales. La Iglesia docente y la Iglesia discente. Sin embargo, con la visión del Concilio Vaticano II, queda claro que la Iglesia es una sola y está compuesta por todos los bautizados y bautizadas y dentro de ella como globalidad, existen servicios y ministerios para la mutua edificación. "... La expresión Pueblo de Dios sustituía a las antiguas concepciones de la Iglesia como sociedad perfecta, institución jerárquica o incluso cuerpo místico. Lo que define a la Iglesia son todos sus miembros, no simplemente el estamento eclesiástico"⁴⁴.

Se trata pues de un pueblo, todo él sacerdotal en virtud de la sangre de Jesucristo⁴⁵ y por su participación en los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. Por tal motivo, entre sus miembros no hay distinción de rangos, sino igualdad de condición, todos son hermanos unos de otros, aunque cada uno tiene responsabilidades diferentes de tal manera que cada uno está al servicio de los demás procurando el crecimiento, la perseverancia y la salvación de todos.

... la Iglesia se entiende como pueblo de Dios enteramente sacerdotal en virtud de los sacramentos de la iniciación. En su interior todos los creyentes tienen por principio los mismos derechos. Al recalcar la comunidad de iguales frente al concepto de sociedad de desiguales, ya no hay dos facciones (clérigos y laicos) sino varias funciones, ministerios o servicios⁴⁶.

43 SÁNCHEZ R., "El pueblo de Dios, sujeto eclesial", 21. Cf. FONTBONA J., "Sinodalidad" en ESTRADA J. (ed. por), *10 palabras clave sobre la Iglesia*, Verbo Divino, Navarra 2003, 345-374

44 FLORISTÁN C., *La Iglesia*, 169

45 Heb 10,19-20

46 FLORISTÁN C., *La Iglesia*, 170. Cf. SÁNCHEZ M., *Eclesiología. La Iglesia, misterio de comunión y misión*, Sociedad de educación Atenas, Madrid 1994, 80. Cf. CONGAR Y., "La Iglesia como pueblo de Dios" en *Selecciones de Teología* 121 (1992), 49. Cf. CONGAR Y., "Eclesiología", 293-94

Si esto es así, podríamos decir que al hablar del “año sacerdotal” estamos hablando del año del pueblo de Dios, y que restringir tal expresión a poner la mirada exclusivamente en los presbíteros es poner de relieve que aún estamos lejos de una auténtica conversión eclesiológica y en consecuencia estamos lejos de una conversión pastoral coherente con la eclesiología del Vaticano II y más concretamente tendríamos que decir que estamos lejos de una comprensión de los ministerios ordenados en el horizonte de la Iglesia Pueblo de Dios y sus estructuras de comunitariedad.

Esto no significa que en la eclesiología de comunión hayan sido omitidos los distintos grados de participación en el sacerdocio único de Jesucristo. Sigue en pie, tanto lo de sacerdocio común de los fieles, como lo del orden sacerdotal para los obispos, presbíteros y diáconos, pero llega a ser tan compleja la definición y especificación de cada uno de ellos que al explicarlos terminamos contradiciendo y hasta negando lo que ya se ha afirmado. Y si tenemos en cuenta que hasta el mismo Concilio Vaticano II evitó la palabra sacerdote en el título del documento sobre los presbíteros (*Presbyterorum ordinis*) por qué tenemos nosotros que empeñarnos en su utilización si es mucho más simple llamar a cada cosa por su nombre específico. Es mucho mejor utilizar la palabra “sacerdocio” al referirnos a Jesucristo y al Pueblo de Dios; mientras que si queremos referirnos al conjunto de las personas que en la Iglesia participan en un grado singular del mismo sacerdocio de Jesucristo, simplemente podemos decir “ministros ordenados”, o si queremos referirnos a ellos de manera particular podemos, simplemente, llamar a cada uno por su nombre: “obispos, presbíteros o diáconos”.

LA IGLESIA: SACRAMENTO DE LA UNIÓN CON DIOS Y DE TODO EL GÉNERO HUMANO

Lo que se quiere es que la Iglesia tenga como centro a Jesucristo y supere el juridicismo y el clericalismo que desplazan el misterio que acontece en ella. Sólo así puede ser realmente sacramento de salvación. El hecho de haberse echado para atrás el primer borrador sobre la Iglesia en la asamblea conciliar, demuestra que lo que se quiere echar para atrás es la eclesiología en él reflejada⁴⁷.

47 ALBERIGO G., “El Concilio Vaticano II (1962-1965)” en ALBERIGO G. (ed. por), *Historia de los Concilios ecuménicos*, Sígueme, Salamanca 1993, 346

La sacramentalidad de la Iglesia viene dada por Jesucristo sacramento radical de Dios⁴⁸, de acuerdo a lo que el mismo Jesús afirma al decir: "... el que me ve a mí, ve a aquél que me ha enviado"⁴⁹, en Jesús tenemos acceso al Padre, él es el único que, en su condición divina, puede darnoslo a conocer⁵⁰. La escatología cristiana, no entendida como crónica anticipada de sucesos finales, sino como movimiento dialéctico caracterizado por el *ya sí* y el *todavía no*⁵¹, nos permite descubrir en Jesús el comienzo de un orden nuevo, no hay que esperar a la consumación final para que se revele el sentido último de la historia, ya en Jesús ha sido revelado y lo hemos comenzado a experimentar⁵².

Así como Jesucristo es sacramento de Dios, la Iglesia es sacramento de salvación porque prolonga en el tiempo y en el espacio, la presencia salvadora y liberadora de Jesús el Mesías entre los hombres. De aquí tenemos que decir que la Iglesia debe expresarse y actuar como lo hizo Jesús, no sólo en la celebración de los sacramentos, sino en toda su actuación en medio de los hombres y su historia, especialmente con los pobres y marginados de la sociedad.

En orden a esta sacramentalidad de la Iglesia se va definiendo de alguna manera también su misión en el mundo y ante la humanidad para quien es sacramento. La Iglesia no puede conformarse con indicar el camino a seguir, sino que tiene que recorrerlo ella misma. Será en la medida que la Iglesia viva la unidad, como ella llegue a ser en verdad signo sacramental de la unión con Dios y de los hombres entre sí⁵³.

Ante un mundo roto y deseoso de unidad es necesario proclamar con gozo y fe firme que Dios es comunión, Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidad en la distinción, el cual llama a todos los hombres a que participen de la misma comunión trinitaria. Es necesario proclamar que esta comunión es el proyecto magnífico de Dios [Padre]; que Jesucristo, que se ha hecho hombre, es el punto central de

48 CASTILLO J., "Sacramentos" en FLORISTÁN C. – TAMAYO J. (ed. por), *Conceptos fundamentales del Cristianismo*, Trotta, Madrid 1993, 1242. Cf. FLORISTÁN C., *La Iglesia*, 327. Cf. KLOPPENBURG B., *Eclesiología del Vaticano II*, Paulinas, Bogotá 1974, 29. Cf. LUBAC H., *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, Encuentro, Madrid 1998, 56

49 Jn 12,45; 14,9

50 Jn 1,18

51 TAMAYO J., "Escatología cristiana" en FLORISTÁN C. (ed. por), *Conceptos Fundamentales del Cristianismo*, 383. Cf. CONGAR Y., "Eclesiología", 290

52 TAMAYO J., "Escatología cristiana", 387. Cf. ELLACURÍA I., "Escatología e Historia" en *Revista Latino-americana de Teología* 32 (1994) 113-129

53 Jn 17,20-21

la misma comunión, y que el Espíritu Santo trabaja constantemente para crear la comunión y restaurarla cuando se hubiera roto. Es necesario proclamar que la Iglesia es signo e instrumento de la comunión querida por Dios, iniciada en el tiempo y dirigida a su perfección en la plenitud del Reino⁵⁴.

Igualmente la Iglesia está llamada a vivir en profundidad la experiencia de Dios, uno y trino, de tal manera que pueda a su vez comunicarlo a los otros y ayudarlos a llegar al encuentro con Dios de manera auténtica, profunda y transformadora de sus vidas y de su entorno social histórico⁵⁵. Una comunidad cristiana no es simplemente un grupo de personas que se reúne en una Iglesia, sino que se unen entre sí al compartir la experiencia del seguimiento de Jesús con todo lo que eso significa, por eso se trata de una experiencia fundamentalmente comunitaria, que al ser vivida y celebrada se convierte en sacramento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano.

...la constitución Gaudium et spes... refleja una nueva actitud cristiana ante el mundo. Por ser sacramento, la Iglesia no existe para sí misma sino para el mundo... la Iglesia no puede entenderse por sí misma, ya que está al servicio de dos realidades que la trascienden: el Reino, fin de la creación de Dios, liberada de todo pecado y muerte, penetrada de lo divino y realizada absolutamente; y el mundo, lugar de la realización histórica del Reino, que necesita un proceso de liberación⁵⁶.

Es ayudar al mundo a que se transforme en Reino de Dios el cometido fundamental de la Iglesia. Ella, animada por la acción del Espíritu, empieza a vivir en sí misma la realidad de la afirmación histórica de la Soberanía de Dios y su misericordia, para poder mostrarla sacramentalmente al mundo y proponerla como opción única y factible que responde plenamente a las aspiraciones del hombre y de la humanidad en general. La Iglesia debe pues, proponer los valores del reino como la buena noticia de la que es portadora, pero también vivirlos en sí misma para que pueda testimoniarlos y ser en verdad sacramento de salvación, al mismo tiempo que debe ayudar a la implementación del Reino de Dios. Este es el sentido de la escatología cristiana que invita a implicarse en la realidad histórica para transformarla⁵⁷.

54 EA 33

55 LG 39-42. Cf. CAPPELLARO J., *Ejercitaciones por un mundo mejor*. Cf. AVENDAÑO J., "La comunión eclesial", 670-671

56 FLORISTÁN C., *La Iglesia*, 172

57 SÁNCHEZ M., *Eclesiología*, 81. Cf. TAMAYO J., "Escatología cristiana", 383. Cf. BOFF C., *Comunidades eclesiales de base y prácticas de liberación*, Indo-American Press Service,

La Iglesia es aquella parte del mundo que, en la fuerza del Espíritu, ha acogido al Reino de manera explícita en la persona de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado en nuestra opresión; conserva su recuerdo permanente y la conciencia del Reino; celebra su presencia en el mundo y en sí misma y detenta el modo de interpretar su anuncio, al servicio del mundo. La iglesia no es el Reino, sino su signo (concreción explícita) e instrumento (mediación) de implementación en el mundo⁵⁸.

La Iglesia trata de estructurarse como Dios quiere que se estructure el mundo, y de esta manera el mundo ve por dónde tiene que ir, y además ayuda a que eso se haga. Eso significa sacramento. Esa es la tensión escatológica entendida no como crónica anticipada de sucesos finales, sino como el *ya, pero todavía no* que nos anima en la esperanza de futuros mejores⁵⁹. Un signo visible de la obra de Dios en el mundo y no sólo en la Iglesia, sino que la Iglesia es sacramento de lo que Dios está realizando en el mundo entero, por eso encontramos que el Espíritu Santo está por igual en todos los seres humanos⁶⁰. Por eso es sujeto cualquier ser humano, porque en todos está el Espíritu de Jesús resucitado.

...como lo había profetizado Joel (3,1), el Espíritu se derrama sobre toda carne y de eso da testimonio la Iglesia (Hch 2,17.33). Es decir que el ámbito de irradiación del Espíritu derramado en la Pascua es toda la humanidad y los cristianos son los que han recibido esta revelación y se consagran a secundarla en sus vidas y a testimoniarla con sus palabras... la secuencia salvífica no iría de Dios a la Iglesia, pasando por Jesús y el Espíritu sino de Dios a la humanidad (pasando desde luego por la encarnación del Hijo y la efusión pascual del Espíritu); y la Iglesia (las Iglesias cristianas) serían sacramento⁶¹.

Si en la Iglesia, todos sus miembros son sujetos de la acción eclesial, la única manera de poder testimoniarlo y así cumplir con su condición de sacramento de unidad y salvación es estructurándose comunitariamente, asumiendo las formas que son necesarias para que sea auténticamente comunidad de fe.

Bogotá 1981, 42. Cf. AGUIRRE R., *Ensayo sobre los orígenes del cristianismo. De la religión política de Jesús a la religión doméstica de Pablo*, Verbo Divino, Navarra 2001, 18. Cf. CONGAR Y., "Eclesiología", 294

58 BOFF L., *Iglesia: carisma y poder*, Sal Terrae, Santander 2002⁷, 15

59 TAMAYO J., "Escatología cristiana", 383. Cf. SÁNCHEZ M., *Eclesiología*, 81

60 LUBAC H., *Catolicismo*, 21-22. Cf. TRIGO P., "La Iglesia como sacramento de salvación", 44

61 TRIGO P., "Derramaré mi Espíritu sobre toda carne" en *ITER* 17 (1998) 100-101

Si no es así, entonces estamos en la misma situación de cuando no se pensaba que la Iglesia era sacramento, es decir, ella era sujeto y los demás destinatarios. La Iglesia era el ámbito de la salvación. El que estaba dentro de la Iglesia se salvaba y el que no, se condenaba. Con esta nueva visión de la Iglesia, se salvan o se condenan todos por igual, tanto en la Iglesia como en el mundo. Cuando se dice que la Iglesia es sacramento, es sacramento para el mundo, para la humanidad entera, lo que hace sujetos a todos los hombres, a toda la humanidad. Salvación que consiste en la unión de todos los hombres con Dios y en la unidad de todo el género humano⁶². De esta salvación es sacramento la Iglesia; muestra con su propio testimonio el camino de salvación; lo propone para que todos lo sigan, y ayuda a que se haga; si no, es sal que ha perdido el sabor.

Aquí pues, podemos afirmar que el problema es que la institución eclesial llegue a ser sujeto eclesial exclusivo, es decir, equivalente a Iglesia, y no la institucionalidad de la Iglesia que supone, necesariamente unas estructuras. Esta mentalidad y esta práctica subsisten donde no se ha recibido el Concilio. Desde esta visión jerárquica podemos observar que existen dos grupos en la Iglesia-institución, los que son sujeto activo que representan una minoría no pocas veces privilegiada (jerarquía y vida consagrada) y los que constituyen el nivel de los destinatarios vistos y asumidos como masa.

La dimensión jerárquica ocupa un lugar relevante dentro del modelo Iglesia-institución, tal como se menciona más arriba al decir que la Iglesia es prolongación de Cristo, pero esto entendido en clave de poder. Es la sacralización de las autoridades de la Iglesia a manera de cómo sucedía en el Antiguo Testamento (AT) y en las religiones paganas.

... la cristianización del 'poder sagrado' de las religiones y de sus autoridades se traduce por una renuncia a todo 'sagrado dominio' a favor del servicio, del ministerio como carga y como sacrificio, y en la desacralización de las autoridades eclesiales en una línea cristiana y evangélica. Es una exigencia de los tiempos para una Iglesia que quiere ser signo evangélico y que, sin embargo, conserva quizás más que ninguna otra institución los residuos de un poder sagrado hoy ya superado en la mentalidad de los fieles y en la misma sociedad civil. La jerarquía es necesaria, es de derecho divino, pero siempre que no proceda como un poder mundano sino de forma diaconal. Los ministros de la Iglesia tanto más ganarán en autoridad cuanto más pierdan como dignidades y como cargos. Deben ser

62 KLOPPENBURG B., *Eclesiología del Vaticano II*, 29. Cf. TRIGO P., "La Iglesia como sacramento de salvación", 55

siervos de los siervos de Dios, quizás el título más cristiano de los papas, para así ser vicarios de Cristo y no representantes jerárquicos de la divinidad en la línea del AT y de las religiones paganas. Esta es una de las tareas que nos ha dejado el Concilio Vaticano II para una Iglesia que tiene miedo de acometer las reformas en profundidad que exige el paso de la jerarcolgía a una eclesiología de comunión"⁶³.

Esta sacralización del poder en la Iglesia terminó convirtiéndose en el paradigma a seguir en los distintos ámbitos, incluso dentro de los grupos que representan a la minoría.

Las estructuras de comunitariedad de la Iglesia Pueblo de Dios, tienen que ser coherentes con la vocación bautismal, haciendo a todos verdaderamente responsables de la vida y misión de la Iglesia y por lo mismo, deben poner de manifiesto la dimensión histórica del Reino de Dios.

Por eso es necesario que el Pueblo de Dios esté totalmente articulado por lazos que expresen y consoliden una auténtica comunión entre todos sus miembros⁶⁴, haciendo de él un todo orgánico por su estructuración y dinámico por el Espíritu que lo vivifica, permitiéndole mostrarse como un cuerpo, el Cuerpo de Cristo, con diversidad de miembros y funciones. Esta figura está íntimamente ligada a los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía por los cuales alcanzamos una extraordinaria unión con Cristo en el Espíritu, al punto de ser constituidos místicamente en su cuerpo. De esta manera, queda de relieve el lugar de responsabilidad de cada uno de los bautizados en la vida del único cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

*En la construcción del cuerpo de Cristo existe una diversidad de miembros y de funciones. Es el mismo Espíritu el que, según su riqueza y las necesidades de los ministerios (Cf. 1Cor 12,1-11), distribuye sus diversos dones para el bien de la Iglesia... da unidad al cuerpo y así produce y estimula el amor entre los creyentes... Cristo es la cabeza de este cuerpo... con Él estamos identificados, muertos y resucitados hasta que reinemos con Él (Cf. Flp 3,21; Tim 2,11; Ef 2,6; Col 2,12, etc.)*⁶⁵.

Lo dicho hasta este momento es apenas una simple presentación de algunos aspectos que describen el modelo eclesiológico postulado por el Concilio Vaticano

63 ESTRADA J., "Jerarquía" en FLORISTÁN C. – TAMAYO J. (ed. por), *Conceptos fundamentales del Cristianismo*, Trotta, Madrid 1993, 641

64 ICM 102

65 LG 7

II y aunque es mucho más lo que se puede decir al respecto, es suficiente como para mostrar el horizonte en el cual se circunscribe el ministerio ordenado aquí y ahora. Si no es así, podemos hacer magníficas disertaciones sobre el sacerdocio de los obispos, presbíteros y diáconos pero todas ellas serán discordantes al desarrollarse en un contexto totalmente nuevo tanto en el interior de la Iglesia como en el momento histórico concreto que vive la sociedad en el mundo de hoy.

LA PASTORAL DE LOS MINISTROS ORDENADOS AQUÍ Y AHORA

Corresponde ahora hacer algunos aportes de reflexión sobre la pastoral de los ministros ordenados en este acontecer la actualidad. Tal reflexión voy a desarrollarla desde el testimonio concreto de unos presbíteros, quienes basados en sus propias convicciones sobre la eclesiología del Vaticano II, decidieron vivir plenamente su ministerio pastoral a la luz de estas orientaciones sobre la Iglesia.

PUNTO DE PARTIDA: LA INCULTURACIÓN

¿Por dónde comenzar? Es una pregunta que bien pudiera servir para el desarrollo de esta reflexión, pero que sin embargo fue la pregunta que estos presbíteros se hicieron para vivir su propia experiencia sobre la Iglesia Pueblo de Dios. Asumir la realidad; lo que hay allí a donde vamos como agentes pastorales, sin juicios y sin condenas, sólo entrando en relación con lo acontece allí tratando de descubrir los signos de la presencia de Dios que obra.

La planificación pastoral no es lo primero, ya que, antes que cualquier plan está trabajando victoriosamente el Espíritu de Jesús. Los proyectos sólo son auxiliares para ese proceso y sólo en esa medida, conservan valor y utilidad. Por lo tanto, el punto de partida no puede ser una convocatoria para iniciar un diálogo y elaborar un plan. Lo primero tiene que ser la inculturación, entrar en ese ámbito y descubrir por dónde pasa la gracia de Dios. Es descubrir la acción que ya ha emprendido el Espíritu Santo en ese medio y seguir la acción del Espíritu allí. Reconocer que el medio no está ayuno de cristianismo. Antes de llegar el agente pastoral ya estaba ahí el Espíritu Santo, el Espíritu de la Pascua de Jesucristo. Todo el mundo es “labranza de Dios”⁶⁶. Dios está actuando. Antes de llegar el agente pastoral, ya ha llegado Dios.

66 1Cor 3,9; LG 6,3

Sobre esto es muy oportuno referir el pensamiento de Fray Bartolomé de las Casas en sus defensas de los derechos de los indígenas en el siglo XVI y para esto voy a emplear una investigación relacionada con el tema y no propiamente los textos lascasianos:

LC parte de la multitud innumerable que según el Apocalipsis (cap. 7) acompaña al Cordero. Recuerda que son de todos los pueblos y razas. Por tanto, también de los pueblos indígenas... Y eso significa que tenemos que ayudarlos con nuestro comportamiento a que respondan a Dios. Él, aún antes de la llegada de los cristianos, siempre les dio su ayuda, que, aunque oculta, bastó a algunos para su salvación. Porque, aunque los indígenas paganos sólo son súbditos de Cristo en potencia, sin embargo Cristo es cabeza de todos los hombres y por eso de un modo u otro en ellos actúa su gracia. Sin embargo los cristianos en Indias en general no sólo no ayudan a los indígenas a que se salven, sino que son el principal impedimento para que la logren. Y a pesar de tantas calamidades, concluye, 'ninguno de los que entre ellos tiene predestinados la bondad divina, de lo que nadie que sea cristiano dudar debe, se le saldrá de la mano que a la fin no lo lleve a gozar de sí mismo a la eterna vida'⁶⁷.

Uno tiene que ver lo que el Espíritu está haciendo en el lugar a donde se llega y reconocer como sujetos a los que están allí y en quienes está actuando el Espíritu, sólo entonces puede haber un diálogo. Es esa la experiencia que vivió San Pablo en Atenas. Llega con su talante y sensibilidad religiosos y lo que ve allí le ofende terriblemente. La impresión religiosa que él se lleva es desastrosa y lo considera como lo peor que puede haber en el mundo, porque para él como judío, lo peor es la idolatría y lo que ve presente en Atenas es idolatría por todos sitios. Pero él relativiza su sentimiento, que es fortísimo y comienza por ver y descubrir por donde está pasando Dios en Atenas, y después de conversar con muchos, son ellos mismos quienes le dicen: “explícanos”, y comienza a decirles lo bueno que ha visto, diciéndoles: “Atenienses, veo que vosotros sois, por todos los conceptos, los más respetuosos de la divinidad... lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar”⁶⁸. Quiere decir que están adorando algo que desconocen, pero en definitiva, lo están adorando.

67 TRIGO P., “Las Casas y Gustavo Gutiérrez: en busca de los pobres de Jesucristo” en *ITER* 11 (1995), 132

68 Hch 17,22-23

Por eso, el punto de partida debe ser “asumir la situación dada”⁶⁹. Si Pablo hubiera empezado desde su sensibilidad religiosa y no de la escucha del Espíritu y del descubrir lo que el Espíritu estaba haciendo allí, seguro que el discurso hubiera sido otro totalmente distinto. Pablo no empieza con lo suyo, con su mensaje. Empieza escuchando lo que allí hay, y en este caso llega a lo contrario de toda su sensibilidad religiosa. Él hace un esfuerzo enorme para superar su rechazo instintivo a la idolatría y logra ir mucho más allá. Pudo ver que, desde el punto de vista de ellos, existía una actitud genuinamente religiosa⁷⁰.

Esta actitud de reconocer lo que había antes, valorarlo, respetarlo e impulsarlo para que Dios siguiera actuando, la asumieron estos presbíteros como exigencia tanto para sí mismos como para otros agentes pastorales que fueron incorporándose al equipo. Cada agente pastoral vive su propia experiencia de inculturación ya que no es un tiempo definido, sino que cada uno requiere de un tiempo necesario, a veces más breve, otras veces más largo, en todo caso es necesario llegar a una comunidad y dar tiempo para entrar en contacto con la gente, con su realidad y su historia valorando positivamente todo lo que hay y descubriendo la obra que Dios viene realizando allí.

“... no significa que quien va se ponga entre paréntesis. Basta con que no se imponga, con que dé lugar, con que no se restrinja a sus planes sino que emplee tiempo en tomar contacto. Este despacioso conocer sin juzgar es el grado mínimo de reconocimiento y respeto que posibilita el diálogo... La pastoral es un proceso histórico. Si el agente pastoral la entiende por el contrario, desde sí mismo como sujeto absoluto, todo se rompe y recomienza con cada cambio de personal. Aún suponiendo las mejores intenciones, desde este supuesto no cabe acción pastoral”⁷¹.

Asumir la situación dada es un paso indispensable en cualquiera que sea la realidad a donde se llega, bien sea una comunidad o un movimiento, o una parroquia o una diócesis, lo primero es llegar y reconocer que Dios ya estaba ahí haciendo una obra y no es uno, como agente pastoral que llega para dar inicio a algo que no existía antes. Es igual con indígenas (Fray Bartolomé de las Casas), o entre helénicos (San Pablo) o en el caso de una Iglesia cuyas tradiciones son reflejo arraigado de la institución eclesiástica donde el agente pastoral encontraría serias resistencias si parte desde su entender, estilo y proyectos.

69 TRIGO P., “Pastoral suburbana”, 49-54

70 FABRIS R., *Pablo, el apóstol de los gentiles*, Paulinas, Caracas 1999, 264-274

71 TRIGO P., “Pastoral suburbana”, 50-51

No importa el concepto que la comunidad tenga sobre el presbítero, o cualquier otro agente pastoral que le corresponda asumir la tarea, lo que importa es la actitud con que él llega a la comunidad. Debe considerarlos como auténticos sujetos, en quienes está actuando el Espíritu Santo, debe reconocer esa acción del Espíritu y lo que hay de respuesta positiva en la comunidad a esa acción del Espíritu Santo. El agente pastoral que llega debe actuar de tal manera que la gente vea que está con ellos antes de ser para ellos y que ellos lo ayudan. Eso, mientras sea sincero de parte del agente, no tendrá siquiera que decirlo, la comunidad podrá percibir su actitud y estará abierta a recibir su aporte como algo enriquecedor.

PERSEVERAR EN LAS CONVICCIONES

Vale la pena hacer destacar lo que dice uno de los presbíteros que nos sirven de testimonio en este momento con respecto al proceso de la comunidad a la cual sirve: para él no existen etapas sino un continuo acontecer-discernir en el Espíritu-decidir-actuar. Dice el presbítero:

Esos momentos los va uno viviendo sin uno saberlo. Hay que estar muy atentos a descubrir esos momentos y aprovecharlos. Para mí no hay etapas como tal. No es cuestión de un proceso que se planifique y se cumpla al pie de la letra. Para mí todo radica en las convicciones que se tiene y en la perseverancia en esas convicciones.

Lo que indica el presbítero es que el encuentro y la práctica pastoral iban dando de sí sin forzarlas. Que la primacía la tenía la práctica. Aunque él insiste en que no se trataba de un activismo sino de vivir abiertos al movimiento del Espíritu para secundarlo. Es decir, que es una práctica espiritual y por eso también discernida. Más aún, estos presbíteros no venían en blanco, sino con unas convicciones básicas en las que perseveraron. Claro está que, convicciones no es lo mismo que plan. Esta diferencia es básica. Las convicciones los caracterizan a ellos como esos sujetos concretos que desde ellas van a interactuar con los demás. Es crucial pues saber cuáles eran esas convicciones, porque desde ellas, en buena medida se inicia y orienta el proceso.

SOMOS MISIONEROS

Una afirmación que hacen estos presbíteros es: “Nosotros somos misioneros, no vamos a preferir lo que está en mejores condiciones, sino donde hay más necesidad”. Lo primero que destaca es la conciencia de la propia identidad: “somos misioneros”. Por lo tanto quedan también de relieve las motivaciones. Su condición de discípulos y misioneros de Jesucristo es clave para todo lo que sigue. Tienen claro a qué han venido y de parte de quién han venido. Por lo tanto estarán abiertos a las inspiraciones del Espíritu para ir avanzando en la misión que Dios y la Iglesia les han confiado. Otro elemento que destaca en esta misma afirmación es su opción por los más necesitados. Se trata de una convicción de la cual se parte, es la preferencia por los pobres y que la Iglesia tiene que partir de allí. Esa es una convicción que está presente en ellos. Otras convicciones vendrán apareciendo en ellos por la interacción que tendrán con la gente y la realidad, pero es desde esta primera convicción que comienza la interacción.

COMUNIDAD DE PRESBITEROS, COMUNIDAD CRISTIANA

Otro elemento que aparece desde el principio es el hecho de que estos presbíteros se unieron en la misma intención constituyendo un equipo de apostolado, lo que significó una estrategia muy favorable para el desarrollo de la misión encomendada y la atención al gran número de comunidades a las cuales debían servir desde la misma parroquia a la cual fueron enviados.

Internamente, esta comunidad está constituida por presbíteros con igualdad de rango; son hermanos presbíteros con el mismo rango, aunque con tareas diferentes. En esta comunidad, los presbíteros compartían sus experiencias y se ayudaban en la búsqueda de soluciones a los problemas pastorales, humanos y ministeriales que cada uno de ellos vivía. Esta es otra de las convicciones que ellos mantenían como necesarias para que la experiencia pudiera acontecer. La igualdad de rango. Es decir, se trataba de una comunidad de iguales donde cada uno tiene su responsabilidad y cuenta con el apoyo de los otros para su propia edificación y para la edificación de la comunidad.

CURAS VECINOS, COMPAÑEROS Y AMIGOS

Estos presbíteros llegan a una comunidad nueva. Ante todo *no se mudan a una casa parroquial sino a una casita*, como las demás casitas y entre ellas. De esa manera, no ha llegado simplemente el párroco sino uno más de la comunidad, un nuevo miembro, *un nuevo vecino, que es cura*. Esa es su identidad: *curas vecinos, compañeros, amigos*. Nadie ponía en duda su condición de curas. Esta identidad estaba perfectamente clara tanto para ellos como para los demás. Para ellos, vivir en una casita rural, no es un complemento, sino una exigencia del modo determinado de ser cura por el cual habían optado. Se trata de otra de sus convicciones. Para ser curas como a ellos les parecía que tenían que ser curas, tenían que hacer eso. No era cosa caprichosa. Era convicción.

La condición de vecinos, da a los presbíteros una imagen nueva ante la gente, es más cercana, superando la imagen distante de la jerarquía eclesiástica; dice uno de ellos: "...El esquema jerárquico acaba con la comunidad...". Por eso además de vivir entre los vecinos, los presbíteros mantenían la igualdad de rango entre ellos. Viven como comunidad de presbíteros y viven como comunidad de vecinos.

HAY QUE ESTAR CON LA GENTE

Una expresión frecuente en los diálogos que mantuve con estos presbíteros era: *"hay que estar con la gente"*. Esto asegura la vida cristiana del propio agente pastoral; es su propia ayuda; lo que le hace mantenerse espiritualmente y perseverar también en su propio compromiso de fe y en su consagración. Además le permite conocer las angustias, tristezas, problemas, necesidades, luchas, proyectos, esperanzas, alegrías, éxitos, fracasos, en fin la auténtica vida de la gente y, en consecuencia, su servicio estará acorde con la necesidad de la comunidad y la comunidad sentirá a Dios presente en medio de ellos a través de quien les ayuda como agente pastoral.

Es necesario encontrar oportunidades para estar con la gente, no sólo esperar que ellos vengán a la iglesia sino salir a su encuentro, llegar a sus casas, conocer sus realidades, sus trabajos, sus luchas para poder comprenderlos y poder ayudarlos. Una oportunidad especialísima para acercarse a la gente y estar con ellos, son los momentos de sufrimiento. En la comunidad que aquí ofrece su testimonio, el índice de defunciones, sobre todo como consecuencia de la delincuencia o la violencia

es significativo, y esa era una de las principales causas para que los presbíteros fueran a la casa de la gente, para solidarizarse con ellos en el dolor, no sólo con la oración sino con la presencia y el apoyo. Eran momentos que servían no sólo de integración a la comunidad, sino de oportunidades para hacer ver la necesidad de recuperar valores de convivencia y de relaciones humanas, así como la fe y la vida cristiana.

Claro está que las oportunidades para acercarse a la gente son múltiples, incluso al referirnos al sufrimiento como oportunidad especial, hay que advertir que las razones de sufrimiento en la comunidad son muy variadas debido a la gran situación de pobreza que viven las personas allí. Sin embargo, el sufrimiento por la muerte de los seres queridos, o de los vecinos, resultaban oportunidades muy significativas para el acercamiento y el compartir en la solidaridad. Esta representaba una de las convicciones de estos presbíteros. No sólo era acercarse a la gente, sino solidarizarse con ellos muy especialmente en momentos de sufrimiento y dolor. No se trataba de una mera táctica, sino de una convicción humana y cristiana, por lo que actuaban así de manera espontánea aunque consciente y voluntaria.

El acercamiento a la gente, además de servir a la integración entre las personas y los presbíteros, para superar las distancias estructurales que el modelo de Iglesia-institución genera, también servía como oportunidad de evangelización y catequesis, a través del diálogo con las personas y las predicaciones, iluminando con la Palabra de Dios y el sentido cristiano los distintos acontecimientos, en particular las situaciones de sufrimiento. Así mismo, era oportunidad para ayudar a la gente a vivir los valores que hacen posible la justa y fraterna convivencia social.

OPCIÓN POR LOS POBRES

Por otra parte, los niveles de pobreza en esta comunidad son muy elevados y son muchas las personas que pueden contarse entre quienes viven en extrema pobreza. Esta situación exige de los agentes pastorales un claro acercamiento y compromiso con los más pobres. Por lo tanto, la opción por los pobres en este caso es exigencia de la fe y clamor que brota de la situación de la gente.

La realidad social en esta comunidad parroquial, en términos generales, es marcadamente pobre, por lo cual es necesario que los agentes pastorales asuman la realidad como propia haciéndose presente en medio de las personas y recibiendo a estas personas en el seno de la Iglesia con gran estima y respeto; estando con ellos

en sus luchas cotidianas; acompañándoles en sus momentos de mayor dificultad solidarizándose en la búsqueda del sentido de la vida y de soluciones concretas. En este sentido, además de estar con la gente, el aporte de la Iglesia se ve enfocado desde la perspectiva de la proclamación de la Buena Nueva de Jesucristo y el Reino de Dios, haciéndoles comprender y sentir que ellos son invitados al banquete del Reino y que Jesús los ha constituido destinatarios privilegiados del Evangelio y que por eso los ha proclamado felices.

Los agentes pastorales tienen claro y están convencidos que la opción por los pobres no es simplemente un gesto de caridad asistencialista, y que tampoco puede abandonarse repentinamente, sino que esta opción debe enmarcar toda acción de la Iglesia, las cuales deben ser emprendidas teniendo en cuenta de manera incluyente a los más pobres, ayudándolos a superar la situación que viven y ofreciéndoles auténticos espacios de participación donde puedan sentir que son tomados en cuenta y se les respeta por su dignidad de hijos de Dios. A pesar de su compromiso y convicciones, estos agentes reconocen que aún es mucho lo que les falta por hacer en cuanto tiene que ver con la opción por los pobres. Es una convicción de fe y de que es el amor de Dios el que se manifiesta en favor de los más pobres a través de ellos cuando, desde la misma fe, se tienen actitudes de liberación. No es ayudar por ayudar, sino ayudarse mutuamente para superar toda situación que oprima a las personas evitando que pueda acontecer el Reino de Dios. Es un esfuerzo de la comunidad cristiana por la transformación de la realidad para que acontezca el Reino de Dios.

Ante todo el testimonio de vida

Un elemento determinante en el proceso que estos presbíteros impulsaron en esta comunidad, fue su testimonio de vida cristiana. Eran presbíteros que mostraban con su vida la fe que tenían y su conciencia de discípulos y misioneros de Jesucristo, así como servidores de la comunidad. Esto, fue más un modo de ser y vivir en ellos que una estrategia de acercamiento o para aventajarse.

Atender la iglesia, atender la comunidad

Por otra parte, está clara la preocupación de los presbíteros: *atender la Iglesia*. De alguna manera ya podemos darnos cuenta que tal atención va mucho más allá de un servicio burocrático de despacho y culto. A los presbíteros recién llegados les preocupaba que la fundación de la Iglesia como comunidad cristiana fuese atendida con mayor empeño y en eso dedicaron su tiempo y esfuerzos.

MEDIACIONES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA COMUNIDAD

El trabajo de *construcción de las capillas*, se pone de relieve y con frecuencia aparece como punto de referencia. Servían de mediación para la *construcción de la comunidad cristiana*. Esta afirmación llega a constituirse en uno de sus ejes pastorales. Aquí, además, se pone de relieve *el trabajo* como otra de sus convicciones. No era algo ajeno a ellos, sino algo muy importante de su identidad, de su modo de ser curas.

La construcción de la capilla representaba la construcción de la comunidad de fe; en torno al trabajo de construcción se reunía la comunidad, se organizaba y de alguna manera comenzaban también las relaciones fraternas y la vida cristiana. Las comunidades donde no hay capilla, ni se trabaja por ellas, pueden llegar al desánimo o al cansancio por lo que era necesario trabajar con empeño y en unión con la gente para que cada comunidad tuviera su capilla.

La participación de la gente del lugar es indispensable. Hay que contar con ellos y lograr que sean ellos quienes estén al frente de los trabajos relacionados con su capilla. El agente pastoral anima e impulsa a la gente y está con ellos apoyándoles en todo pero sin desplazar el protagonismo que es de quienes viven allí y dando al crecimiento el tiempo que sea propio del ritmo de esa comunidad sin buscar alternativas ajenas a ellos sólo con la intención de avanzar más rápido.

Sin embargo, la gente, motivada por los agentes pastorales, pone en práctica su creatividad para conseguir los espacios que necesita y generar los recursos con miras al logro de sus objetivos y aunque parezcan insuficientes los esfuerzos es importante que ocurra de esa manera para despertar en ellos también el amor y el celo por su capilla y vayan surgiendo entre ellos lazos de fraternidad a través de los trabajos que juntos están realizando y las decisiones que están tomando sobre cómo deben hacerse las cosas. Para esto es necesario crear condiciones y promover en la comunidad la idea de alguna mínima organización que asegure inicialmente el trabajo de construcción de la capilla; esto irá generando un sentido de organización y se irán poniendo al descubierto las cualidades y carismas de las personas, así como los liderazgos con miras a la estructuración de la comunidad.

Para estos presbíteros, no se trata simplemente de construir una capilla, sino de construir una comunidad. La construcción de la capilla aunque es una necesidad, es más bien una mediación para ir generando las estructuras iniciales para la vida de la comunidad cristiana, en la cual las personas descubren que se

necesitan mutuamente y aprenden a ser recíprocos en la mutua ayuda. Incluso, el agente pastoral debe unirse de tal manera a las personas que se constituya en unidad con ellos, no a manera de un dirigente externo a la comunidad, como alguien que viene de fuera a supervisar y a dar órdenes, sino como un miembro más de la comunidad, como un vecino, como un hermano, que suma su aporte al de los demás con miras a un fin común.

LA CATEQUESIS, GENERADORA DE COMUNIDAD

En el mismo orden de la organización inicial, es necesario comenzar de inmediato con las actividades de catequesis. No una catequesis entendida como algo especializado sino como un proceso vivencial en el cual cada persona que participa en la vida de la comunidad va progresando en la comprensión del sentido de lo que hace y va descubriendo cómo su cotidianidad es Evangelio y, por lo tanto, fe vivida. Es entonces, una catequesis vivencial, generadora de comunidad cristiana, que vive y celebra su fe de manera consciente y activa, dedicando buena parte de sus esfuerzos cotidianos al servicio de todos, en especial de los más necesitados.

Aunque toda la vida de la comunidad es vida de fe y oportunidad para la catequesis, no se puede dejar a la improvisación la enseñanza de la fe, es necesario tener clara la dirección del mensaje y asegurar que dicho mensaje llegara a cada persona con esa misma claridad y pudiera experimentar en su vida el sentido de lo que había aprendido. De ahí que los agentes pastorales se mostraran muy atentos y cuidadosos con el desarrollo de la catequesis y especialmente su contenido como mensaje y como experiencia de fe y vida.

La proclamación de la Buena Nueva, ocupa el espacio permanente en las homilías, en las catequesis y en cualquier otra oportunidad de predicación que pueda presentarse. Por el testimonio de las personas, la fe es apoyo para levantarse, es el elemento que además de dar sentido y consistencia a las esperanzas de las personas ayuda a recuperar también la convicción de que es posible lograr que las cosas cambien, por eso junto a las súplicas y plegarias de todos, se puede ver la ayuda mutua, tanto espiritual como material.

LA COMUNIDAD CRISTIANA ES SUJETO DE LA LITURGIA

Todas estas vivencias conducen al culto comunitario caracterizado por el ambiente fraterno de la comunidad que se reúne para celebrar su vida cristiana, reconociendo la presencia del Dios uno y trino en medio de ellos. Esta celebración, de la vida cristiana y de todo cuanto va aconteciendo entre ellos, está marcada por la conciencia de todos, de participar en la historia de la salvación a través del ritmo y pedagogía que ofrece el año litúrgico. En estas celebraciones, la comunidad es sujeto, lo que le permite progresar en su condición de comunidad cristiana y personalizada.

Esta comunidad cristiana manifiesta, con su participación activa en la liturgia, la centralidad de la Eucaristía y su relación con la historia de la salvación, de la cual forman parte considerándola su propia historia. Historia de la salvación centrada en Jesucristo y celebrada en un auténtico ambiente festivo y participativo, tomando en cuenta y preparando muy atentamente los distintos elementos del año litúrgico.

La música y el canto son aspectos estructurales muy importantes. A esto dedicaban grandes esfuerzos. Mucha gente se integraba, animados por la música y el canto. Los músicos y el coro tenían muy clara la característica de servicio a la comunidad que tenía su ministerio, por lo tanto, en todo momento buscaban la participación activa de toda la comunidad en el canto. Nunca desplazaban a la comunidad como quien viene a interpretar un concierto para ser escuchado, sino que promovían permanentemente la participación de todos como un elemento fundamental en la celebración litúrgica.

No eran celebraciones frías, por el contrario eran celebraciones muy dignas, vivas, alegres, donde la participación mostraba la conciencia de las personas con respecto al sentido de lo que hacían lo que les permitía sacar provecho para el crecimiento espiritual tanto personal como comunitario. Esto era así en todas las comunidades, al igual que en las distintas oportunidades donde todas las comunidades estaban juntas para la celebración.

Todo esto ayudaba a superar significativamente el estilo litúrgico propio del modelo de la Iglesia institución, centrada en la letra de las rúbricas y en lo riguroso de los ritos. No hay ritualismos, ni rubricismos, sino espontaneidad, alegría, participación activa y responsable, gran sentido de la fe y de los misterios que se celebran. La vida cristiana se desarrolla en la cotidianidad y se celebra en el culto eucarístico y los demás sacramentos. Es muy significativo observar la participación

de los laicos en el traslado y cuidado del Santísimo el día del jueves santo. No hay instituciones formales de ministerios, sino que los mismos responsables de las comunidades actúan como ministros de la comunidad para el traslado del santísimo. Se supera el escrúpulo que mantiene a grandes distancias al común de los laicos en relación al Santísimo Sacramento. Esto refleja la gran cercanía que la gente llega a tener en relación con Jesús sacramentado. Es un Jesús cercano a la gente.

LOS AGENTES PASTORALES LLEVAN SU VIDA ESPIRITUAL CON LA COMUNIDAD

La vida espiritual de los agentes pastorales es llevada junto con la comunidad. Lo que es para la comunidad es también para ellos porque son miembros de la comunidad. Su formación, su vida espiritual, el culto, en general la vida cristiana la asumen junto con toda la comunidad apoyándose incansablemente unos a otros, por eso el apostolado también era estructurado a través de la misma comunidad. Por esta misma razón, vemos la ausencia de grupos especializados para dar preferencia a toda la comunidad como sujeto. No tienen grupos, es decir, no tienen asociaciones, ni de las tradicionales, ni de las nuevas. Los grupos que había eran organizados en función de los servicios a la comunidad, todo lo demás era vivido comunitariamente. Todos cantan, todos oran, junto con la comunidad. Así mismo en el trabajo como en el apostolado. Esto es una novedad muy significativa, porque es la comunidad, en tanto que comunidad articulada.

El sentido comunitario anima a la perseverancia sin claudicaciones, ya que, cada uno se preocupa por los otros y se solidariza con ellos. Al mismo tiempo que la actitud de compromiso de los demás sirve como reflejo para la propia actitud permitiendo la revisión de vida, la evaluación, el examen de conciencia y así impulsar el crecimiento o edificación de cada uno y de todos.

ATENDER A TODOS CON TOTAL ENTREGA

Esto que hacían en una comunidad: Construcción de capilla, catequesis, acercamiento a la gente y estar con ellos, especialmente con quienes sufren y los más pobres, las celebraciones litúrgicas y vida espiritual en general, etc. lo fueron haciendo por igual en todas las comunidades para que ninguna comunidad se sintiera superior o privilegiada. Todas eran atendidas por igual y a todas animaban, estimulaban y servían con la misma entrega.

CONCLUSIÓN

Todos estos elementos que he venido desarrollando nos permiten comprender que, aunque no hay un plan escrito, con sus respectivas etapas formales y el desarrollo sucesivo de objetivos que apuntan a metas específicas, sí hay un plan de fondo basado en convicciones profundas de los agentes pastorales y una intencionalidad bien definida en ellos. Estos elementos dan dirección concreta a todas las acciones que se van realizando, de tal manera que todo lo que se hace tiene una finalidad, un sentido, una metodología y, por lo tanto, constituye una parte dentro de un plan global que se va ejecutando con el transcurrir del tiempo y en la medida que los valores que sustentan el plan van siendo asumidos por todos y reafirmandose en los mismos agentes pastorales.

Desde el principio los presbíteros de esta comunidad parroquial tenían la intención de superar la eclesiología previa al Vaticano II en la que hay un centro parroquial en torno al cual giran y viven las demás comunidades en condición de dependencia y subordinación, hay un despacho parroquial con un horario estricto, con citas previas, solicitudes anticipadas, etc. Y finalmente un arancel que asegura el financiamiento de la institución. Esto mantiene la estructura central de la parroquia y pone en desventaja a las demás comunidades.

En el modelo de Iglesia que estos presbíteros promueven, las comunidades son auténticas células básicas de eclesialidad, con su propia vida y organización y el presbítero es un peregrino en su propia parroquia, animando a las comunidades a seguir respondiendo a la obra que Dios viene realizando en ellos y en él mismo como agente pastoral.

En esto se va desarrollando toda la vida y acción de los presbíteros y de las comunidades, todo se mueve en ese ámbito que es ante todo *la construcción de la comunidad*. Los elementos que van constituyendo esta gran etapa son: La construcción de la capilla por los mismos habitantes del sector, incluido el agente pastoral no como agente externo jurídico supervisor, sino como miembro de la comunidad, como uno más de ellos, y todo lo que tiene relación a esto, es decir, la interrelación de las personas, la organización para tomar decisiones e impulsar el trabajo, la cooperación de unos y otros con miras a un fin común, luego, en este mismo sentido viene cuanto tiene que ver con el mantenimiento permanente y mejoras de la capilla. Junto a esto, impulsa la formación de la comunidad de fe todo lo relacionado a la catequesis, el acercamiento a la gente, en especial a quienes sufren

y a los más pobres y las celebraciones litúrgicas y la vida espiritual de todos. Todos estos elementos interactúan configurándoles como comunidad cristiana.

En este ambiente se forjan relaciones humanas que permitirán a las personas vincularse de tal manera que vayan sintiendo que son comunidad.

LA IGLESIA PRESENTE EN CADA SECTOR Y EN CADA BARRIO

Con todo este modo de hacer pastoral, la comunidad, poco a poco fue convirtiéndose en muchas comunidades, ya que, cada sector, o barrio en cuanto tenían un espacio para construir su capilla, comenzaban el *proceso de construcción de la Iglesia*, aunque en realidad el proceso ya había comenzado mediante las visitas de evangelización, haciendo surgir entre las personas el deseo de organizarse y construir su capilla y su comunidad. Así, la Iglesia fue reconociéndose presente en cada barrio, en cada sector, con su propia capilla, con su propia gente, con su propia organización, pero en realidad eran una sola comunidad, se sentían unidas cada comunidad con las otras.

PAPEL DEL MINISTRO ORDENADO EN LA COMUNIDAD

En esto de tener cada quien lo suyo, entra el presbítero, quien no queda entre paréntesis por el hecho de compartir las responsabilidades de conducción de la comunidad con la misma comunidad. Su rol de presbítero no queda al margen, sino que asume su función al igual que cada uno en la comunidad. Al estilo de lo que propone la *Ecclesia in América* en el número 41 sobre la parroquia renovada, donde el párroco es un animador de la vida espiritual y un evangelizador capaz de promover la participación. Por eso, no entran en conflicto los grados de autoridad en la comunidad cristiana. Todos son por igual responsables de Iglesia, sin embargo, reconocen que en ciertas ocasiones, le corresponde al párroco tomar determinaciones últimas y lo respetan de la misma manera que el respeta las decisiones que son tomadas en comunidad y desde un discernimiento en el Espíritu.

Este modo de estructurarse la comunidad nos pone ante una novedad relacionada con el concepto de la pastoral. La *pastoral* como expresión más ligada al modelo de Iglesia institución es poco utilizado, ya que, supone una plataforma prefabricada donde las personas son destinatarios de la acción o a lo sumo, son

colaboradores, pero nunca son realmente sujetos, por lo tanto, emplean más comúnmente la expresión *vida de las comunidades* donde el sujeto es la misma comunidad. Este cambio del concepto de *pastoral* por la expresión la *vida de las comunidades* es sustancial. Si la palabra pastoral procede, literalmente, de la palabra pastor, y se refiere al pastoreo de la comunidad por parte del pastor, entonces, la Iglesia es el pastor. Si es el ser y el quehacer de la comunidad, ella es la Iglesia y en ella ocupa un puesto específico el pastor, aunque todos son pastores de todos. Por su parte, el presbítero tiene funciones que le son propias y así como cada quien aporta de lo suyo, también el presbítero debe aportar de lo suyo y sólo él puede hacerlo porque es lo que le corresponde desde el don y carisma que ha recibido de Dios. En este sentido, la *Ecclesia in América* hace un aporte muy significativo en el número 39, manifestando que los presbíteros deben ser ante todo signos e instrumentos de unidad en medio de la comunidad desde el testimonio de comunión que ofrecen en su relación con el Obispo y los demás presbíteros. Procuran su propia santidad, animando a la santidad a todos en la comunidad. Deben ser los primeros en mostrar solidaridad con todos, de manera especial con los más pobres y procurarán discernir los carismas y las cualidades de los fieles impulsando su participación y corresponsabilidad.

El objetivo puede ser alcanzado desde una experiencia de conversión tanto a nivel de agentes pastorales como a nivel de toda la comunidad, es, pues, una experiencia de conversión personal y comunitaria en orden a los criterios del Evangelio y a la construcción del Reino de Dios; de lo contrario, sólo sería cambiar a la fuerza unas estructuras y entrar en una competencia donde el vencedor simplemente será el más poderoso.

Los presbíteros fundadores de esta comunidad, así como quienes se incorporaron posteriormente, sabían que lo que estaban haciendo no era algo ya establecido como una praxis en todas partes, sino abriendo nuevos caminos pastorales para descubrir formas de aplicar las orientaciones del Concilio Vaticano II. Sabían que no hay recetas pastorales, mucho menos mágicas para que este modelo acontezca. Es ante todo, la obra misma de Dios en una comunidad y el aporte que como agente pastoral se puede hacer para impulsar la obra de Dios allí, estimulando y animando a la gente, unidos a ellos, para que sean mejores personas y mejores cristianos. Es estar atentos con una gran sensibilidad a la acción de Dios y al proceso que vive la gente para moverse en ese dinamismo. Es posible que surjan dudas de si estamos en el camino correcto, pero también eso está en manos de Dios y de su pueblo. “Si Dios no construye la casa, en vano se cansan los albañiles”. Es obra de Dios.

Nosotros, como agentes pastorales, si nuestra fe es sincera, sólo podemos ser sus servidores y servidores de su pueblo.

La gente queda en las comunidades y los agentes pastorales estamos de paso, por eso la gran importancia de respetar los procesos de cada comunidad y apoyarles en todo cuanto podamos comprobar desde la fe que es voluntad de Dios y llamado suyo en ese lugar. La misma gente, guiada por las luces del Espíritu Santo irá determinando los pasos que darán en el futuro, pero los agentes pastorales sensibles a los signos de los tiempos deben participar en la Iglesia respetando e impulsando los procesos de salvación que Dios viene realizando en cada comunidad, en cada familia y en cada persona.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE R., *Ensayo sobre los orígenes del cristianismo. De la religión política de Jesús a la religión doméstica de Pablo*, Verbo Divino, Navarra 2001
- ALBERIGO G., “El Concilio Vaticano II (1962-1965)” en ALBERIGO G. (ed. por), *Historia de los Concilios Ecuménicos*, Sígueme, Salamanca 1993
- ALBERIGO G., “El Concilio Vaticano II (1962-1965)” en ALBERIGO G. (ed. por), *Historia de los Concilios ecuménicos*, Sígueme, Salamanca 1993
- ALBERIGO G., “La condición cristiana después del Vaticano II” en ALBERIGO G. – JOSSUA J.P. (ed. por), *La recepción del Vaticano II*, Cristiandad, Madrid 1987
- ARGIBAY A., “La Iglesia Pueblo de Dios” en AYESTARÁN J. – PASTORE C. (ed. por), *La Iglesia Venezolana en marcha con el Concilio. A los 20 años del Vaticano II*, ITER, Caracas 1987
- AVENDAÑO J., “La comunión eclesial” en *Sal Terrae* 1070 (2003)
- BOFF C., *Comunidades eclesiales de base y prácticas de liberación*, Indo-American Press Service, Bogotá 1981
- BOFF L., *Iglesia: carisma y poder*, Sal Terrae, Santander 2002
- CAPPELLARO J. (ed. por), *Ejercitaciones por un mundo mejor (2º tiempo: Santidad comunitaria, vocación del pueblo de Dios; 2.4.3 Itinerario de la santidad en y como pueblo de Dios. Conclusión)*, trabajo no publicado.

- CASTILLO J., “Sacramentos” en FLORISTÁN C. – TAMAYO J. (ed. por), *Conceptos fundamentales del Cristianismo*, Trotta, Madrid 1993
- CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. *Constituciones, Decretos y Declaraciones*, Edición oficial promovida por la Conferencia Episcopal Española, BAC, Madrid 1999³
- CONCILIO PLENARIO DE VENEZUELA. *Documentos Conciliares*, CEV, Caracas 2006
- CONGAR Y., “Eclesiología. Desde San Agustín hasta nuestros días” en SCHMAUS M. – GRILLMEIER A. – SCHEFFCZYK L. (ed. por), *Historia de los dogmas, Tomo III, Cuaderno 3c-d*, BAC, Madrid 1976
- CONGAR Y., “La Iglesia como pueblo de Dios” en *Selecciones de Teología* 121 (1992)
- ELLACURÍA I., “Escatología e Historia” en *Revista Latino-americana de Teología* 32 (1994)
- ESTRADA J., “Jerarquía” en FLORISTÁN C. – TAMAYO J. (ed. por), *Conceptos fundamentales del Cristianismo*, Trotta, Madrid 1993
- FABRIS R., *Pablo, el apóstol de los gentiles*, Paulinas, Caracas 1999, 264-274
- FLORISTÁN C., “Iglesia” en *Conceptos fundamentales del Cristianismo*
- FLORISTÁN C., *La Iglesia. Comunidad de creyentes*, Sígueme, Salamanca 1999
- FONTBONA J., “Sinodalidad” en ESTRADA J. (ed. por), *10 palabras clave sobre la Iglesia*, Verbo Divino, Navarra 2003
- KLOPPENBURG B., *Eclesiología del Vaticano II*, Paulinas, Bogotá 1974
- KOMONCHAK J., “Hacia una eclesiología de comunión” en ALBERIGO G. (ed. por), *Historia del Concilio Vaticano II. La Iglesia como comunión. El tercer período y la tercera intercesión*, Vol. IV, Sígueme/Peeters, Salamanca 2007
- LOHFINK G., *La Iglesia que Jesús quería. Dimensión comunitaria de la fe cristiana*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2000⁴
- LUBAC H., *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, Encuentro, Madrid 1998
- MELLONI A., “El comienzo del segundo período. El gran debate sobre la Iglesia”

en ALBERIGO G. (ed. por), *Historia del Concilio Vaticano II. El concilio maduro. El segundo período y la segunda intersesión*, Vol. III, Sígueme/Peeters, Salamanca 2006

SÁNCHEZ M., *Eclesiología. La Iglesia, misterio de comunión y misión*, Sociedad de educación Atenas, Madrid 1994

SÁNCHEZ R., “El pueblo de Dios, sujeto eclesial” en *ITER* 15 (1997)

SÍNODO DE LOS OBISPOS. *II Asamblea General Extraordinaria. Documento final 1985*, Trípode, Caracas 1986

TAMAYO J., “Escatología cristiana” en FLORISTÁN C. (ed. por), *Conceptos Fundamentales del Cristianismo*

Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla

TRIGO P., “Derramaré mi Espíritu sobre toda carne” en *ITER* 17 (1998)

TRIGO P., “El privilegio de los pobres” en *Revista Latinoamericana de Teología* 8 (1986)

TRIGO P., “La Iglesia como sacramento de salvación” en *ITER* 16 (1997)

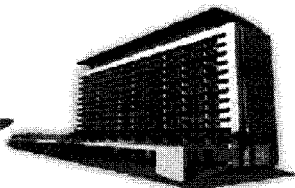
TRIGO P., “Las Casas y Gustavo Gutiérrez: en busca de los pobres de Jesucristo” en *ITER* 11 (1995)

TRIGO P., “Pastoral Suburbana” en *ITER* 44 (2007)

WITTSTADT K., “En vísperas del Concilio Vaticano II (1 de julio a 10 de octubre de 1962)” en ALBERIGO G. (ed. por), *Historia del Concilio Vaticano II*, Vol I, Peeters/Sígueme, Salamanca 1999



UCAB



La **Facultad de Teología** de la UCAB, Universidad Católica «Andrés Bello» de Caracas, ofrece las siguientes opciones de carreras con los correspondientes certificados y títulos.

TÍTULOS CIVILES EXPEDIDOS POR LA UCAB
-UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO, DE CARACAS-

- **Licenciatura en Teología**, tras los seis años de estudios filosóficos y teológicos, como estudios de pregrado para obtener la Licenciatura.

- **Maestría en Teología**, tras los dos años de estudios especializados, en el área de postgrado en Teología con una de sus cuatro menciones:

- **Maestría en Teología Pastoral**
- **Maestría en Teología Espiritual**
- **Maestría en Teología Bíblica Pastoral**
- **Maestría en Teología Fundamental**

Para el acceso a los estudios de las Maestrías, se exigen estudios de pregrado en Teología con el título correspondiente; o haber cursado la nivelación teológica ofrecida en el **Programa de Estudios Avanzados en Teología** o su equivalente en el área de postgrados.

Estos estudios están abiertos especialmente al laicado católico con títulos universitarios y se tienen en la sede del mismo ITER de Caracas. Puede verse mayor información a propósito del CIET aquí mismo en esta revista.

Para mayor información dirigirse a ITER- Instituto de Teología para Religiosos, 3ª Avenida con 6ª Transversal (E. Benaim Pinso) Altamira, Apartado de Correos 6886 Caracas 1061-A. o llamar a los teléfonos (0212) 261.85.84. Fax (0212) 265.05.05. E-mail: contacto@iter-ups.org.